



GRANDES ALMACENES
RAFA MARI

EL FUTURO DE LOS DÉBILES

El investigador valenciano José Antonio Garzón propone un cambio en el destino del modesto peón que puede revolucionar los cimientos del ajedrez



Intentaré explicarme de manera comprensible incluso para los poco expertos en el ajedrez. En este milenar juego, el peón es la pieza más débil de todas y a la vez la única con posibilidades de mejora social. Si consigue llegar a la octava casilla, ha de transformarse en la pieza que le apetezca: un caballo, un alfil, una torre o una dama. No puede elegir ser un peón: después de tanto esfuerzo por llegar al final del camino, transmutarse en sí mismo es insípido. Tampoco convertirse en un nuevo rey. Tener dos reyes carece de sentido en las monarquías y también en el ajedrez, aunque a veces lo tiene en el cine y la literatura ('El prisionero de Zenda', 'El príncipe y el mendigo', 'La máscara de hierro').

Eso es así hasta ahora. A partir de la primavera de 2015, todo podría cambiar. La propuesta del libro 'El Ajedrez del Virrey' (Alenar, edición en castellano e inglés), del investigador valenciano José Antonio Garzón (Chelva, 1963), es capaz de revolucionar la actual concepción del ajedrez moderno, cuyas leyes, propulsadas por varios talentosos caballeros valencianos a finales del XV, han sido acatadas universalmente y con creatividad desde hace más de quinientos años. La figura de Isabel la Católica inspiró entonces un nuevo y más expansivo movimiento de la Dama. Convertida en la pieza más poderosa, la Dama no olvida la misión esencial de salvar a su Rey, de cuya vida dependen todas las demás.

Lo que propone Garzón es tan sencillo como renovador: si el peón corona en la columna de Torre solo puede mutar en una torre, en un caballo si lo hace en una columna de Caballo, en un alfil si corona en una columna de Alfil, etcétera. Y si el peón corona en la de rey, entonces se transformará no en un nuevo Rey, sino en un Virrey, con las mismas facultades que el monarca pero sin su vulnerabilidad: la pieza del Virrey puede morir en la batalla sin que la partida finalice. Hay que derrotar al Rey, no al Virrey. "Lo que propongo es solo un pequeño cambio, que sin embargo lo altera todo", dice Garzón. Así es, porque cuando se aplique esta novedad se verá que también afecta a los cimientos del ajedrez, es decir a las aperturas y al medio juego: perder el peón de alfil será menos doloroso que perder el peón de dama.

Esta revolución normativa, de popularizarse, ¿será positiva para el ajedrez? Significará aire fresco y un desafío a la imaginación de los jugadores con sangre, ojos y dedos. El ajedrez vive un momento de crisis profunda, aunque la mayoría parece no darse por enterada. La revolución tecnológica es de tal calibre (esa sí es una Dama Poderosa) que nos dirigimos hacia un punto muerto: las computadoras ya juegan mucho mejor que los campeones mundiales. Para analizar una posición no es necesario consultar a los grandes maestros, basta con pedirselo a un ordenador, que te ofrecerá la solución enseguida.

Las máquinas pueden calcular 40 millones de posiciones por segundo. Los terrícolas, y pienso en los de mentes más vivas, tienen que hacer cuatro cosas al salir de casa (coger el móvil y la agenda, apagar las luces y ponerle agua al perro) y a menudo se les olvida dos de ellas, cuando no tres. En el ajedrez, un jugador magistral descarta de inmediato miles de variantes absurdas, pero es imposible que profundice de verdad en las cuatro o cinco más prometedoras: el tiempo del juego es limitado. Si el gladiador del tablero pretende el perfeccionismo, le caerá la bandera y perderá la partida.

Las máquinas hacen las cuentas con mucha más rapidez, guardan los documentos sin exigimos apenas espacio... ¡y encima nos ganan al ajedrez! Cambiemos las normas, como propone Garzón, seamos puñeteros con las computadoras. Ellas se benefician de la inmensa memoria histórica acumulada en su silicio. Partamos de cero en cosas que nos importan y seamos prudentes al suministrar información a los ingenios electrónicos.

En caso contrario serán las computadoras las que escribirán las mejores novelas, las que decidirán de modo supuestamente científico las cuestiones ideológicas y las que nos den jaque mate sin gran esfuerzo. Preocupémonos del futuro de los débiles. Me refiero no ya al peón, sino a nosotros, los humanos.